



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Del exilio a la religación: las redes intelectuales de Max Henríquez Ureña en tres revistas cubanas

Autor: De León Olivares, Isabel Dolores

Forma sugerida de citar: De Leon, I. D. (2021). Del exilio a la religación: las redes intelectuales de Max Henríquez Ureña en tres revistas cubanas. En L. I. Weinberg (Ed.), *Redes intelectuales y redes textuales: formas y prácticas de la sociabilidad letrada* (209-240). Instituto Panamericano de Geografía e Historia; Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Redes intelectuales y redes textuales : formas y prácticas de la sociabilidad letrada

ISBN: 978-607-30-5274-0

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DEL EXILIO A LA RELIGACIÓN:
LAS REDES INTELECTUALES DE MAX HENRÍQUEZ
UREÑA EN TRES REVISTAS CUBANAS

Isabel DE LEÓN OLIVARES*

“Ninguna isla es una isla”, afirma Carlo Ginzburg en el título de uno de sus libros. Y es que pese a lo que el sentido común nos pudiera advertir, una isla no es sinónimo de aislamiento, encierro o soledad. Al menos no en el caso antillano. Édouard Glissant al preguntarse qué son las Antillas respondía: “Una multirrelación [...]. El mar de las Antillas no es el lago de Estados Unidos. Es el estuario de las Américas. En semejante contexto, la insularidad adquiere otro sentido. Se suele hablar de insularidad como de un modo de aislamiento, como una neurosis de espacio. Sin embargo, en el Caribe cada isla es una *abertura*. La dialéctica Afuera-Adentro coincide con el asalto Tierra-Mar” (2002: 279-280). Ahondando en este planteamiento, Ottmar Ette (2004: 129) propone adoptar la teoría fractal para explicar ese permanente oscilar de la isla entre la fragmentación y la relacionalidad, la división y la autosemejanza, los límites y las aperturas. Las islas, considera Ette, son lugares que se reconocen como uno de muchos fragmentos, desprendido, separado (isla-mundo) y, sin embargo, “múltiplemente unido a un continente cuya etimología remite constantemente a lo ‘coherente’” (mundo insular). De ahí, entonces, que su propuesta consista en estudiar al Caribe como una *Trans(it)Area* o zona *transareal*, es decir, un espacio dinámico que, aunque fragmentado geográfica, política, lingüísticamente, constituye un mundo en *movimiento* caracterizado por múltiples procesos de superposición, entrecruzamientos y relaciones recíprocas entre islas, países, macrorregiones y continentes.

* Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pero no sólo eso, su propuesta también apunta a mostrar que la ambivalencia de lo insular trae consecuencias en el terreno de la cultura.

Una de esas consecuencias es la que Antonio Benítez Rojo apunta en una frase, un tanto cuanto marginal, de su libro *La isla que se repite*: “la insularidad de los antillanos no los impele al aislamiento, sino al contrario, al viaje, a la exploración, a la búsqueda de rutas fluviales y marinas. No hay que olvidar que fueron hombres de las Antillas quienes construyeron el Canal de Panamá” (1998: 41). A-isla-mientos que incitan errancias, errancias que multiplican los lazos y las aperturas: he ahí “experiencias básicas” que, de acuerdo con Ette y Benítez Rojo, marcan a las sociedades archipiélicas del Caribe y, en particular, a sus intelectuales. Arcadio Díaz Quiñones, examinando el caso de Pedro Henríquez Ureña, habla precisamente de la existencia de una tradición del exilio entre la intelectualidad caribeña. Exilio entendido no sólo como expatriación forzada o voluntaria, sino también como ese “estado intermedio” al que se refiere Edward Said en su libro *Representaciones del intelectual* (1996: 59-73): estado en que el exiliado no se halla “ni completamente integrado en el nuevo ambiente, ni plenamente desembarazado del antiguo, acosado con implicaciones a medias y con desprendimientos a medias, nostálgico y sentimental en cierto plano y mínimo efectivo y paria secreto en otro”, cuyo imperativo es “aprender a sobrevivir” en medio de constantes sin-sabores y placeres —como diría George Lamming (2007). José Martí, Eugenio María de Hostos, Félix Varela, Ramón Emeterio Betances, Pedro Henríquez Ureña, pero también C. R. L. James o Frantz Fanon, son, de acuerdo con Díaz Quiñones (2010: 65-66), figuras emblemáticas de esa tradición exílica que, en no pocas ocasiones, ha sido la reacción ante la debilidad de Estados caribeños marcados por condiciones simultáneas de colonialismo y poscolonialismo.

Said, a partir de su propia experiencia, afirma que el exilio es uno de los más tristes destinos para cualquier hombre y para cualquier pueblo y, sin embargo, para aquellos que no acaban por acomodarse en el lugar de llegada, para aquellos que se mantienen atentos y al margen de los poderes receptores, la condición de exilio puede constituir también una fuente de placeres intelectuales. Tres en particular señala Said. Primero, el placer de sorprenderse, de no dar nunca nada por asegurado y, gracias a ello, saber sobrevivir a las situaciones más precarias, a la manera de un naufrago, pero “no como Robinson Crusoe, cuya meta es colonizar su pequeña isla, sino más bien como Marco Polo, cuyo sentido de lo maravilloso nunca le abandona y es siempre un viajero, un huésped provisional, no un aprovechado, conquistador, o invasor” (1996: 70). Segundo, el

placer del punto de vista irónico o escéptico que le permite al intelectual exiliado ver las cosas no simplemente como son sino como han venido a ser, no como situaciones inmutables sino contingentes. Tercero, el placer de librarse de una carrera normal: el intelectual exiliado no puede así nada más ser otro ciudadano del lugar al que ha arribado; siempre será un principiante con las puertas abiertas hacia la vida no convencional, hacia un habitar a menudo extraño (1996: 69-73).

En este trabajo queremos hacer referencia a un cuarto placer que consideramos ha acompañado a muchos intelectuales “exílicos” del Caribe. A reserva de encontrarle un mejor nombre, lo denominaremos el placer del vínculo. Si ninguna isla es una isla, un exiliado tampoco es un aislado. En el transcurso de sus exilios y sus errancias, los intelectuales se encuentran con sus pares de otras latitudes, tejen amistades, diálogos, redes. Así, detrás de la peregrinación de un José Martí quedan las huellas de sus amistades intelectuales con Manuel Mercado, Federico Henríquez y Carvajal, Máximo Gómez y numerosos escritores y políticos de Nuestra América. De la estancia de Aimé Césaire en el París de 1931 permanece el registro de su encuentro con escritores africanos —como Léopold Senghor— y afroamericanos del renacimiento de Harlem —como Claude McKay o Langston Hughes—, quienes, a decir del propio Césaire, le dieron la clave sobre sí mismo: la negritud.

La tríada conformada por exilio, errancia y redes intelectuales es el tema que nos interesa abordar aquí en relación con el caso del escritor dominicano Max Henríquez Ureña (1886-1968), cuya trayectoria intelectual estuvo marcada, originalmente, por el exilio de su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, lo que obligó a la familia Henríquez Ureña a construir un refugio en Cuba. Pese a haber transitado también por Haití, Estados Unidos y México, Cuba fue desde 1903 y hasta 1930 el lugar del exilio de Max Henríquez Ureña y, por consiguiente, el espacio de su formación intelectual, aquel en el que llevaría a cabo sus más tempranos e importantes emprendimientos culturales, entre los que destacó la fundación de revistas literarias. A diferencia de su hermano Pedro, quien pocas veces se animó a fundar sus propias revistas y más bien tuvo el instinto y la visión para insertarse en publicaciones de renombre que le permitieron sobresalir, Max Henríquez Ureña fue un perseverante fundador de revistas. En Cuba llegó a editar por lo menos tres publicaciones periódicas que le funcionaron como verdaderos asideros intelectuales: medios privilegiados de una intervención pública, gracias a los cuales pudo asirse al campo de las letras cubanas, tejer redes con los escritores más sobresalientes de la isla y el subcontinente, y participar de un pro-

ceso de profesionalización intelectual que en todo momento se produjo en colectivo, en diálogo y en relación con aquellos escritores con los que supo establecer un vínculo. Se trata de las revistas *Cuba Literaria* (1904-1905), *Cuba Contemporánea* (1914-1927) y *Archipiélago* (1928-1930).

En este trabajo proponemos examinar estas revistas como tres momentos distintos en la trayectoria de Max Henríquez Ureña, indicativos tanto de la paulatina evolución y expansión de sus redes intelectuales como del proceso en que se encaminó hacia su consagración como escritor, en este caso bajo la figura del filólogo, el estudioso profesional de la literatura. En ese sentido, nos adherimos a la propuesta de Alexandra Pita (2014) consistente en examinar las revistas culturales como *sportes* materiales de las ideas que pueden ser leídas como espacios de sociabilidad intelectual y, al mismo tiempo, como indicios de nuevas *prácticas* de intervención cultural. “Una publicación como materialidad —afirma Pita— no es solo un dispositivo que condensa y refleja el accionar de los intelectuales sino que influye decisivamente en él” (2014: 689). Medios por excelencia de su religación intelectual, las revistas culturales fueron para Max Henríquez Ureña espacios privilegiados del encuentro intelectual en medio del exilio, nodos que le permitieron formar parte de comunidades de escritores en América Latina, transitar hacia nuevas sociabilidades letradas (ateneos, sociedades de conferencias, universidades), renovar prácticas de ser y hacer del intelectual, y participar del complejo proceso de autodefinition y profesionalización que caracterizó la trayectoria de numerosos escritores latinoamericanos en los albores del siglo xx.

I. UNA CARTA DE PRESENTACIÓN.

CUBA LITERARIA, 1904-1914

En los primeros años del siglo xx, República Dominicana atravesó por un momento particularmente crítico en su historia como Estado nación independiente. Los continuos enfrentamientos entre los bandos políticos del país —jimenistas vs. horacistas— produjeron una inestabilidad que tan sólo en un año, de 1903 a 1904, dio paso a cuatro gobiernos distintos. La incapacidad del Estado dominicano por resolver el problema de la deuda externa originó un difícil proceso de negociación y conflicto con Estados Unidos, el que, a partir de 1907, permitió a la potencia imperial asumir el control de las aduanas dominicanas y, en 1916, intervenir militarmente en la isla. Perseguido por su inclinación jimenista e inconforme por el modo de proceder ante el problema de la deuda, Francisco

Henríquez y Carvajal decidió abandonar el país natal y trasladarse a Cuba para ejercer su profesión de médico (Henríquez Ureña, 1988). Su exilio no fue, sin embargo, una experiencia individual sino familiar: el exilio del padre trajo consigo el exilio de los hijos, en particular de Pedro y Max Henríquez Ureña, quienes a partir de ese momento se lanzaron a una trashumancia intelectual que los llevaría por Estados Unidos, Cuba, México, España, Argentina y otros países. Si Pedro Henríquez Ureña fue el intelectual “errante” por excelencia de la familia, que hizo de México y Argentina sus espacios del exilio, Max, al igual que su padre, encontró en Cuba el lugar del refugio temporal.

Max Henríquez Ureña llegó por primera vez a La Habana en 1903 y para mayo de 1904 ya se había instalado en Santiago de Cuba, en respuesta al llamado de su padre. A partir de ese momento, y durante casi treinta años, se la pasó yendo y viniendo de un lado a otro de la Gran Antilla, en un periodo particularmente incierto: los años de la llamada “transición pactada”, en que los cubanos, recién salidos de la guerra, pasaron del colonialismo español a una condición neocolonial bajo la tutela de los Estados Unidos. Fueron los años en que el anhelo por construir un Estado nación independiente, si bien no cesó, quedó atrapado en medio de las intervenciones militares estadounidenses (1898-1902 y 1906-1909), la firma de enmiendas a la Constitución cubana, como la Enmienda Platt (1901), y la puesta en marcha de tratados comerciales que sentaron las bases de una nueva dependencia económica de la isla, vía la inversión extranjera y el repunte de la plantación azucarera. Como afirma Consuelo Naranjo Orovio (2003: 523), en este contexto de debilidad del Estado nación cubano, de miedo a la absorción política, económica y cultural por parte de Estados Unidos, y de preocupación continua ante la pérdida de los valores y la moral cívica, la cuestión de la identidad nacional pasó a convertirse en uno de los grandes temas de debate e incertidumbre de la Cuba de principios del siglo xx.

Recién llegado a este contexto, tal como lo apunta Pedro Henríquez Ureña en sus *Memorias* (2000: 94), el primer acto público que ejecutó Max fue la fundación de *Cuba Literaria*, una revista “semanaria; de pocas páginas, no muy bien impresa, y sí mal ilustrada”. *Cuba Literaria* contó con cincuenta y cinco números; el primero apareció, desde la ciudad de Santiago de Cuba, en junio de 1904 y el último en julio de 1905. La revista fue administrada por un comité integrado por Max Henríquez Ureña, director; su primo Federico Abel Henríquez, administrador; J. Marino Henríquez, propietario, y B. Filgueira, impresor. Pese a su efímera existencia y pequeña administración, la publicación señaló el ingreso de

Max Henríquez Ureña al espacio de la opinión pública cubana y, en ese sentido, representó su primera carta de presentación ante los escritores de la isla.

Leer *Cuba Literaria* en clave de red permite percatarse del laborioso proceso de construcción de las relaciones intelectuales de Max Henríquez Ureña, así como de la paulatina reorientación geográfica de las mismas: el tránsito de una relacionalidad intelectual asentada en su natal República Dominicana hacia otra ubicada geográficamente en el eje cultural conformado por las ciudades de Santiago de Cuba y La Habana. En efecto, en un primero momento, *Cuba Literaria* contó principalmente con colaboradores dominicanos, amigos, familiares y conocidos de Max Henríquez Ureña. En esa lista figuraron, en calidad de colaboradores asiduos, su tío y su padre, Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, su hermano Pedro, y amigos escritores como Miguel A. Garrido, Manuel de Jesús Peña y Reinoso, Luisa Ozema Pellerano, Gastón F. Deligne, Manuel F. Cestero, Lorenzo Despradel, Osvaldo Bazil, Fabio Fiallo, Américo Lugo, entre otros. Igualmente, como parte de este mundo cultural dominicano se publicaron textos de escritores ya fallecidos que fueron protagonistas del renacer intelectual del país a finales del XIX: Eugenio María de Hostos, Virginia E. Ortea, Salomé Ureña de Henríquez y José Joaquín Pérez.

La presencia de estos autores dominicanos en *Cuba Literaria* representó una suerte de continuidad de las relaciones intelectuales y afectivas cultivadas por Max Henríquez Ureña, junto a Pedro, durante sus años mozos en República Dominicana. Una especie de traslado al papel de aquellas tertulias literarias en las que ambos hermanos habían participado desde 1896, teniendo como primeros interlocutores a ese grupo de intelectuales “en su casa” con los que aprendieron el arte de la conversación y la lectura en comunidad: su madre Salomé Ureña, su padre y su tío Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Emilio Prud’Homme y algunas de las alumnas predilectas de su madre, Leonor Feltz y Luisa Ozema Pellerano, en diálogo con los cuales realizaron aquellas lecturas “decisivas” que marcaron el rumbo “moderno” de sus gustos y orientaciones literarias —el *Ariel* de José Enrique Rodó; “las impecables páginas” de Manuel Díaz Rodríguez; la “prosa vívida” de César Zumeta; las obras de Gabriel D’Annunzio, Shakespeare, Tolstoi, y, fundamentalmente, Ibsen (Henríquez Ureña, 2000: 62-63)—.

Si bien podemos afirmar que, en una primera instancia, *Cuba Literaria* fue una manera de mantener el vínculo con estas redes primigenias, con estos espacios propios de las primeras lecturas, las primeras conversaciones intelectuales, los primeros intercambios de ideas, en una

segunda instancia funcionó como apertura hacia nuevas relaciones y sociabilidades, en especial hacia un campo intelectual cubano en pleno proceso de constitución. Pese a su inexperiencia en el terreno de la publicación de revistas, Max Henríquez Ureña mostró un admirable poder de convocatoria que le valió la colaboración de numerosos escritores de Cuba, entre los que se puede mencionar a Luis Rovira R., Juan Guerra Núñez, Ginés Escanaverino de Linares, Clemencia Gómez Toro (hija de Máximo Gómez), Enrique Hernández Miyares, Juan B. Ubago, José Manuel Guerra Núñez, Amado J. Fernández, Alberto P. Armenteros, León Roch, Dulce María Borrero, Emilio Blanchet, Desiderio Fajardo Ortiz, Rafael Pulles, Luis Rivero, Manuel Serafín Pichardo, José Manuel Carbonell, R. C. Castellanos, Arturo R. de Carricarte, entre muchos otros. Gracias a este primer circuito, Max Henríquez Ureña comenzó a ser visto como una figura intelectual emergente de Santiago de Cuba que, incluso, podía llegar a tener cabida dentro del mundo cultural de La Habana.

Sin embargo, así como *Cuba Literaria* abonó el camino para ganarse un lugar dentro de las letras isleñas, también permitió al joven editor dominicano tejer sus primeras redes transnacionales con destacados escritores latinoamericanos. Bajo una clara orientación hispano-americanista, *Cuba Literaria* dio cabida en sus páginas a autores como el argentino Carlos Octavio Bunge, el uruguayo José Enrique Rodó, los puertorriqueños Lola Rodríguez de Tió y Valentín Giró, los peruanos José Santos Chocano y Francisco García Calderón, los venezolanos José A. Calcaño y Rufino Blanco Fombona, el nicaragüense Rubén Darío, el mexicano Joaquín D. Casasús, el ecuatoriano Juan Montalvo, el haitiano Félix Magloire, y a cubanos como Francisco García Cisneros, Juana Borrero, Julián del Casal, José de la Luz y Caballero, Nicolás Heredia, entre otros. Los textos de estos autores latinoamericanos que se publicaron en la revista fueron, en su mayoría, reproducciones de trabajos ya consagrados en otros lados, con una notabilísima excepción: la publicación en *Cuba Literaria* del *Ariel* de José Enrique Rodó, ensayo que se dio a conocer por primera vez en Cuba gracias a la labor editorial de Max Henríquez Ureña.

Con el visto bueno del propio Rodó, quien sugirió al joven editor colocar la empresa bajo “los auspicios [de la] gran sombra tutelar” de José Martí,¹ *Ariel* apareció en *Cuba Literaria* en sus números 29/30,

¹ Carta de José Enrique Rodó a Max Henríquez Ureña, Montevideo, 20 de noviembre de 1904, en “La obra de José Enrique Rodó”, *Cuba Literaria*, II. 29-30 (12 de enero de 1905): 15.

correspondientes al 12 de enero de 1905.² “Como es capital propósito de esta revista hacer propaganda entusiasta á todo aquello que encierre grandes ideales de civilización y de cultura, todo aquello que represente una aspiración social noble y levantada, abrimos plaza en nuestras páginas al vibrante opúsculo que con el título de *Ariel* ha escrito hace ya algunos años el eximio literato uruguayo José Enrique Rodó.”³ Como corolario de esta presentación, en la primera entrega del texto Max Henríquez Ureña incluyó la carta-autorización de Rodó, así como uno de los primeros estudios críticos de su hermano Pedro sobre el *Ariel*, en el que esbozó líneas interpretativas que aún hoy en día siguen vigentes en torno al texto rodoniano: la brillantez estilística de su autor; el carácter híbrido del texto; su contribución a la formación de un “ideal-fuerza” capaz de unificar a la élite de los intelectuales; su énfasis en el valor de la fe en el porvenir y la alegría como motores creativos de la civilización; la prédica a favor de la personalidad y el cultivo del jardín interior; la reivindicación del sentido de belleza como virtud de los pueblos y los individuos; el rechazo al exceso de utilitarismo de la época, entre otros aspectos.⁴

Con esta edición cubana del *Ariel*, Max Henríquez Ureña se hizo partícipe del proceso de consagración de este ensayo fundacional de las letras latinoamericanas, proceso del que también fueron corresponsables otros compatriotas suyos: Enrique Deschamps, encargado de publicar, por entregas, la primera edición del *Ariel* fuera del Uruguay, dentro de las páginas de la *Revista Literaria* de Santo Domingo;⁵ Pedro Henríquez Ureña, responsable directo de las ediciones mexicanas del ensayo rodoniano (García Morales, 1993: 97), y Federico García Godoy, cuyas críticas literarias, publicadas en numerosas revistas del continente, sirvieron para darle empuje y legitimidad al arielismo y su posterior americanismo literario. Con la publicación del *Ariel* en Cuba, Max Henríquez Ureña se reafirmó en dos ideas que a partir de ese momento marcaron la ruta de su trayectoria intelectual, al menos hasta 1914. Por un lado, su empeño en dar a conocer el movimiento intelectual de Nuestra América como

² José Enrique Rodó, “Ariel”, *Cuba Literaria*, II. 29-30 (12 de enero de 1905): 15-16.

³ “La obra de José Enrique Rodó”, *Cuba Literaria*, II. 29-30 (12 de enero de 1905): 15.

⁴ Pedro Henríquez Ureña, “*Ariel*. La obra de José Enrique Rodó”, *Cuba Literaria*, II. 29-30 (12 de enero de 1905): 11-13.

⁵ “*Ariel*. Por José Enrique Rodó. (A la juventud americana)”, *Revista Literaria*, I. 3 (1º de mayo de 1901): 15-16. La publicación dominicana se realizó por partes. Nosotros sólo pudimos constatar su continuación en los números 5 y 6 de la *Revista Literaria*, correspondientes al 15 de junio y al 8 de julio de 1901.

medio para contrarrestar la influencia “yankee” en sociedades como la cubana. Por otro, su plena adhesión al proyecto juvenilista esbozado en el texto rodoniano, según el cual la juventud latinoamericana representaba el grupo destinado a encabezar el ascenso de nuestras sociedades hacia el ideal, el desinterés y la estética de la conducta. De algún modo, Max Henríquez Ureña ya había hecho suyo este discurso juvenilista desde el inicio de su empresa editorial; empero, la publicación de *Ariel* le dio fuerza y se reafirmó en él.⁶

A mediados de 1905, *Cuba Literaria* llegó a su fin. Lo relevante es que pese a su efímera existencia y modesta apariencia, la publicación demostró ser la plataforma ideal para que Max Henríquez Ureña diera el salto hacia nuevos espacios de sociabilidad intelectual y, con ello, hacia nuevas prácticas, encuentros y diálogos con sus pares, gracias a los cuales emprendió su camino hacia la autodefinición y formación como intelectual-escritor. En efecto, Max Henríquez Ureña decidió abandonar Santiago de Cuba para trasladarse a La Habana, donde se encontraba su hermano Pedro desde marzo de 1904, tras su estancia de casi tres años en Estados Unidos. Gracias al capital simbólico acumulado por el trabajo de director de revista, Max Henríquez Ureña se insertó de inmediato en la escena cultural habanera, desempeñándose como colaborador del diario *La Discusión* y de la revista semanal *El Fígaro* (Henríquez Ureña, 1956: 37-38). Al calor de esta actividad periodística, se hizo partícipe de una de las prácticas de sociabilidad informales más famosas de la capital isleña: las tertulias o “reuniones que al caer la tarde” se formaban a la puerta de la revista de Manuel Serafín Pichardo. Fue al interior de esta sociabilidad literaria que Max Henríquez Ureña pudo entrar en contacto directo y frecuente con los principales exponentes de las letras cubanas de principios del siglo xx: Enrique José Varona, Manuel Márquez Sterling, José de Armas y Cárdenas, Enrique Hernández Miyares, Federico Uhrbach, Alfredo Martín Morales, Félix Callejas, José Manuel Carbonell, Ramiro Hernández Portela, Diwaldo Salom, César Cancio, “y tantos otros cuyas producciones se leen con verdadero deleite”.⁷

Una amistad en particular adquirió relevancia en este contexto: la de los hermanos Henríquez Ureña con Arturo R. de Carricarte, escritor cubano por cuyo “ejemplo” los dominicanos arribaron a México. Al momento de entrar en relación con los Henríquez Ureña, Carricarte era, a

⁶ “En la ruta”, *Cuba Literaria*, I. 5 (7 de julio de 1904).

⁷ Max Henríquez Ureña, “Las tardes de ‘El Fígaro’”, *El Fígaro*, xxii. 37 (1906): 469-470.

decir de Max, un joven escritor “consagrado” que ya había “cultivado la novela corta, con incisiones realistas”, “el campo de la crítica moderna”, los “estudios sociológicos”, “el periodismo diario” y hasta había “hablado al pueblo desde la tribuna política”.⁸ Como lo explica en sus *Memorias* (2000: 98-99), siguiendo los pasos de Carricarte, sin la autorización de su padre y con su primer libro bajo el brazo, Pedro Henríquez Ureña arribó a México en 1906, lo que marcó el inicio de sus prolíficas relaciones intelectuales con Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Daniel Cosío Villegas, Julio Torri, Vicente Lombardo Toledano, entre muchos otros.

Con la intermediación de Pedro, Max Henríquez Ureña se incorporó a este círculo letrado mexicano en 1907. Desde su llegada, trabajó como corresponsal de *El Fígaro* de La Habana, con la expresa misión de informar sobre la escena literaria mexicana.⁹ Fue precisamente gracias a la oportunidad de habitar México rodeados de “poetas amigos” que ambos hermanos pudieron participar de dos hechos que anunciaron, o más bien hicieron visible, en el espacio público de la ciudad capital la aparición del intelectual latinoamericano: en primer lugar, la manifestación de protesta que, en el mes de abril de 1907, se organizó en contra de la *Revista Azul*, dirigida por Manuel Caballero; en segundo lugar, la fundación de la Sociedad de Conferencias. El primer hecho fue una protesta organizada con el objetivo de desagraviar la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera, cuya *Revista Azul* —vocera de los primeros brotes del modernismo en México—, quiso ser resucitada por un rimador “parnasiano”, Manuel Caballero, con el propósito de combatir el modernismo. El desagravio frente a este contrasentido dio paso a la realización de tres actos que lanzaron a la plaza pública a los jóvenes intelectuales de la capital, transformando lo que en un principio era una mera controversia literaria en una controversia de interés general:

Nosotros, los que firmamos al calce, mayoría de hecho y por derecho, del núcleo de la juventud intelectual, y con toda la energía de que somos capaces, protestamos públicamente contra la obra de irreverencia y falsedad que en nombre del excelso poeta Manuel Gutiérrez Nájera, se está cometiendo

⁸ Max Henríquez Ureña, “Arturo R. de Carricarte”, *El Fígaro*, xxii. 11 (18 de marzo de 1906): 146.

⁹ Fruto de este trabajo fueron los textos que redactó sobre Jesús E. Valenzuela, Luis G. Urbina, Jesús Urueta, el general Bernardo Reyes y un artículo sobre la agitación política de México con motivo del proceso electoral, aparecidos en *El Fígaro* entre 1907 y 1911, en sus núms. 11, 18, 35, 22, 27.

con la publicación de un papel que se titula *Revista Azul*, y que ha emprendido un anciano reportero carente de toda autoridad y todo prestigio, quien dice venir a continuar la obra de aquel gran poeta y a redimir la literatura nacional de quién sabe qué males, que sólo existen en su imaginación caduca (citado en Pereira, 2004: s/p).

Aunque se trató de una protesta redactada contra otro escritor y no contra una autoridad política o el Estado mismo, sin duda el manifiesto llevaba consigo los ecos del famoso *J'Acusse...!* de Émile Zola, texto fundador de la gesta de los intelectuales modernos.¹⁰ Al igual que el precedente francés, el de los jóvenes mexicanos se presentó como un texto colectivo, un petitorio firmado por el “núcleo de la juventud intelectual” que, de este modo, reclamaba una nueva autoridad fundada no ya en un poder político o económico sino en un poder simbólico recientemente adquirido, que la hacía merecedora del derecho a disputarle a esa generación de “ancianos” con “imaginación caduca” la potestad sobre un autor como Manuel Gutiérrez Nájera, precursor del “arte libre”. Se trató de una disputa por la tradición entre dos generaciones literarias que, a la postre, puso en evidencia la eclosión del intelectual moderno en México, proceso que, explica Guillermo Zermeño (2003: 781), se habría de definir, en un primer momento, a partir de la oposición con la generación anterior.

Precisamente bajo el lema de “Arte libre”, los jóvenes intelectuales agrupados alrededor de la desaparecida *Savia Moderna* completaron su protesta literaria con dos actos celebrados el 17 de abril de 1907, en los que participó activamente Max Henríquez Ureña, quien reseñó lo siguiente para sus lectores de *El Fígaro* de La Habana:

la primera parte, en tarde de miércoles, fue una manifestación pública que recorrió las principales calles de la ciudad bajo la bandera del “Arte Libre” y terminó en la alameda, donde escalaron la tribuna los jóvenes Rafael López, con unos gallardos versos, Alfonso Cravioto, quien leyó un bellissimo soneto escrito expresamente para el acto por el poeta Jesús E. Valenzuela; y Ricardo Gómez Robelo, que dijo algunas palabras expresivas y enérgicas. Cúpome también el honor de escalar aquella tribuna, pues fui invitado á hacerlo como representante de otros países donde se admira á Gutiérrez Nájera: hablé,

¹⁰ Como ejemplo de las resonancias del caso Dreyfus entre la intelectualidad latinoamericana, véase el artículo de Max Henríquez Ureña, “Dreyfus”, *El Fígaro*, xxii. 33 (1906): 419.

por tanto, en nombre de Santo Domingo, en nombre de Cuba y, en fin, en nombre de la admiración que en toda América se profesa al poeta excelso.

La segunda parte del acto de protesta fue una velada celebrada esa misma noche en el Teatro “Arbeu”. Allí leyó Urbina, con adecuada entonación, unos versos de Nájera, allí desgranaron sus armonías musicales algunos elegidos del arte, allí recitó Roberto Argüelles Bringas unos admirables versos suyos, y allí fue, en fin, donde Jesús Urueta, el gran amigo del “Duque”, el soberbio vindicador de las grandes injusticias, el sacerdote de la suprema belleza, levantó sus yambos irritados para apostrofar “á los que explotan el nombre del poeta y saquean su cripta para una obra de estúpida vanidad y burdo mercantilismo” y elevó un himno fuerte, robusto, apasionado, ardiente y noble, cantando la pureza de alma de Gutiérrez Nájera y poniendo de relieve las cualidades fundamentales de su poesía.¹¹

Después de estos actos de protesta ocurridos en la plaza pública de la Ciudad de México, la emergente intelectualidad dio paso a una segunda acción que consumó su notoriedad: la creación de la Sociedad de Conferencias, iniciativa del arquitecto Jesús T. Acevedo, cuyo propósito fue renovar y popularizar esta práctica de comunicación intelectual. Por “renovación” de la conferencia, Pedro Henríquez Ureña se refirió al acierto que tuvieron los miembros de la nueva asociación de convertir dicha práctica en “un esfuerzo consciente, una labor de estudio, una manifestación de personalidad”, en otras palabras, haber hecho de la conferencia el despliegue público y riguroso de un pensamiento y una palabra, un ejercicio filosófico y estético “capaz de abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad” (2013: 223-226).

Como miembro de esta sociabilidad intelectual, Max Henríquez Ureña dictó la conferencia “La influencia de Chopin en la música moderna” e interpretó algunos conciertos de piano. A distancia y gracias a la intermediación de su hermano Pedro, pudo hacerse partícipe del viraje intelectual que, a la larga, habría de definir al grupo: su acercamiento a los estudios clásicos y la crítica al positivismo, bajo la batuta de Antonio Caso.¹² Este viraje intelectual resultó consecuencia directa tanto de las acciones hasta ese momento efectuadas como de las lecturas realizadas y comentadas a las afueras de la Escuela Nacional Preparatoria y en sus pequeños cenáculos: Platón, Schopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poincaré,

¹¹ Max Henríquez Ureña, “Visiones de México. Un orador eximio”, *El Fígaro*, xxiii. 18 (5 de mayo de 1907): 207.

¹² Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913 (Martínez, 1986: 224-225).

William James, Wundt, Nietzsche, Schiller, Lessing, Winckelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Menéndez Pelayo, Croce, Hegel. Lecturas que permitieron a Pedro Henríquez Ureña concebir *en colectivo* el ideal humanista que, en sus posteriores ensayos, colocaría como fundamento de la cultura de las humanidades en nuestro continente y como fuente de orientación hacia la utopía de América: el ideal del hombre libre y creador que nunca es un diletante ni habita en una torre de marfil sino que, por el contrario, se funda y construye *en comunidad*, teniendo en la discusión, la crítica, el pensamiento libre, la investigación sistemática, la disciplina, el dominio del método, la técnica científica y filosófica, los pilares de su decir y de su hacer.

Decimos que Max Henríquez Ureña sólo pudo participar de este viraje intelectual a distancia y gracias a su hermano porque después del primer ciclo de conferencias de la Sociedad, a mediados de 1907, tuvo que trasladarse a Jalisco para trabajar como jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara* y, meses más tarde, se mudó a Monterrey, donde por mediación de Alfonso Reyes entró a trabajar como editorialista de la versión castellana del *Monterrey News*. En este ir y venir de un lado a otro del país, comenta Max Henríquez Ureña, “mi correspondencia con Pedro [...] era casi diaria. Aunque separados por la distancia, nunca estuvimos más unidos. Él me informaba minuciosamente de las actividades de nuestro grupo, me informaba sobre sus lecturas [...] y a la vez hacía la crítica de lo que yo escribía” (Henríquez Ureña, 1956: 41).

Efectivamente, revisar la correspondencia de los hermanos Henríquez Ureña de los años de 1907-1908 (Vega, 2015; Familia Henríquez Ureña, 1996) es adentrarse en diálogos a distancia que oscilaron entre la jocosidad de la carta familiar y la seriedad de las “conversaciones humanísticas”. Impregnada de la confianza y la afectividad de toda correspondencia familiar (Chinski y Jelin, 2014/15: 47-52), la de estos dos hermanos-intelectuales nos acerca a los detalles del cotidiano interactuar de los miembros de la Sociedad de Conferencias: sus rupturas, exclusiones, discrepancias, egolatrías, vanidades, pero también esos denodados esfuerzos por constituirse en un grupo serio de estudios inéditos en el campo de la crítica literaria, la estética, la filosofía, la filología. Un elemento que especialmente se revela en esta correspondencia es el modo en que estos hermanos procedieron para su formación intelectual por aquellos años: una fraternidad en las ideas en la que no hubo instituciones culturales de por medio sino, simple y llanamente, diálogos entre pares, “fraternidad entre iguales”, redes de sociabilidad que funcionaron como espacios primigenios y privilegiados de la formación intelectual de todos

los implicados en ellas. De hecho, estas cartas se nos presentan como el despliegue mismo de esa formación dialógica entre pares. Leerlas es recrear un proceso formativo informal, primario, si se quiere, pero sin duda decisivo, basado fundamentalmente en la lectura, la escucha, la crítica, el comentario, el juicio del intelectual-amigo. Es, precisamente, gracias a este tipo de cartas que resulta posible contemplar *en el acto* la “misión socrática” que quiso asumir Pedro Henríquez Ureña ante los ateneístas mexicanos: el ejercicio cotidiano de un magisterio *entre y ante* sus iguales. Una y otra vez la imagen y la voz de un Pedro mentor, tutor, guía, maestro, se esboza y resuena en las epístolas dirigidas a su discípulo-hermano, quien, a su vez, nunca se muestra pasivo sino que es capaz de cuestionar e interpelar al joven maestro hasta obligarlo a corregirse, a ser más explícito, a emprender el debate, a disentir y, con ello, a producir nuevos saberes.

A finales del 1908, Max Henríquez Ureña cayó enfermo de tuberculosis; fue entonces que decidió responder al llamado de su padre y reunirse con él en Santiago de Cuba a principios de 1909. Este hecho marcó el final de su periplo mexicano y el comienzo de una nueva etapa en su trayectoria en Cuba, durante la cual, entre otras actividades, se encargó de trasladar la experiencia de la Sociedad de Conferencias del continente a la isla. En efecto, de regreso a Cuba, Henríquez Ureña reactivó su actividad, convirtiéndose en un destacado “animador cultural”. Si para el mes de septiembre de 1910 se lo veía figurar entre los organizadores del banquete ofrecido a Rubén Darío —con motivo de su paso por La Habana rumbo a México, donde debía participar en las fiestas del Centenario de la Independencia—, para finales de ese mismo año era ya uno de los responsables de la fundación de la Sociedad de Conferencias de La Habana. En la capital cubana, Max Henríquez Ureña encontró en la persona de Jesús Castellanos al amigo y colaborador con quien logró fundar la nueva asociación, capaz de reanimar el ambiente intelectual de la isla por medio de la cátedra abierta.

Max Henríquez Ureña conoció al periodista cubano Jesús Castellanos en 1905, en las oficinas de redacción del diario habanero *La Discusión*. Mientras el joven dominicano se desempeñaba por aquellos años como corrector de pruebas y, poco después, como redactor literario, Castellanos era el destacado editorialista de dicha publicación.¹³ Cuando en 1910 ambos autores se reencontraron, Castellanos era ya un escritor de

¹³ Max Henríquez Ureña, “Jesús Castellanos en la vida íntima”, *El Figaro*, xxvi. 46 (13 de noviembre de 1910): 590-591.

renombre, cuyo trabajo no se circunscribía a las páginas de los diarios habaneros sino que incluía la escritura de libros, como *Cabezas de estudio*, *De tierra adentro* y *La conjura*.¹⁴ Al calor de pequeñas reuniones literarias realizadas en sus casas de El Vedado, Henríquez Ureña y Castellanos concibieron la idea de fundar la Sociedad de Conferencias como el medio ideal de “imponer esa forma de comunicación intelectual” en Cuba (Henríquez Ureña, 1954: 23-24).

La Sociedad de Conferencias de La Habana comenzó sus actividades en noviembre de 1910. En el acto de constitución de esta nueva entidad de sociabilidad, Henríquez Ureña y Castellanos quedaron como sus directores, mientras que entre sus “socios fundadores” figuraron Enrique José Varona, Ramón A. Catalá, José Antonio González Lanuza, Orestes Ferrera, Alfredo Zayas, Fernando Ortiz, José Manuel Carbonell, Joaquín Rodríguez Lanza, Néstor Carbonell, Manuel Márquez Sterling, José López Goldarás, entre otros (Henríquez Ureña, 1954: 24). Un dato que resulta por demás significativo, ya que muestra esa línea de continuidad existente en el trabajo de Max Henríquez Ureña entre sus días al frente de *Cuba Literaria* y sus días como director de la Sociedad de Conferencias, es que en el acto inaugural de esta última Jesús Castellanos abrió las actividades con una disertación sobre José Enrique Rodó y sus *Motivos de Proteo*. Nuevamente la figura del escritor uruguayo fue invocada como modelo tutelar de los intelectuales en ascenso, como el maestro del “idealismo” que otorgaba y exigía una nueva función social a los “poetas y filósofos”: la de servir de guías hacia la transformación moral y política de nuestras sociedades. Se trataba, de acuerdo con Castellanos, de una misión apostólica que, en voz de Rodó, demandaba de los “jóvenes intelectuales” el cultivo cuidadoso de su intelecto, con miras a dejar de ser el abogado o médico “que de vez en cuando tiene tiempo de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca”, para convertirse en “el hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas [...], escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las *enquêtes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección” (Henríquez Ureña, 1954: 26).

¹⁴ Max Henríquez Ureña, “Jesús Castellanos”, *El Figaro*, xxviii. 22 (2 de junio de 1912): s/p.

Para Max Henríquez Ureña, una de las finalidades primordiales que se persiguió con la Sociedad de Conferencia fue la consecución de este modelo de intelectual moderno. Como lo reconoció tiempo después, la Sociedad de Conferencias de La Habana se instituyó como “reacción contra el concepto puramente material y utilitario de la civilización y la cultura” o, en todo caso, contra su mejor encarnación: la figura del “hombre práctico”, “cuyo arquetipo podía encontrarse en los *self-made men*, creadores de empresas y constructores de riqueza en los Estados Unidos de América” (Henríquez Ureña, 1954: 39). En tanto que reacción y antítesis de este último, el intelectual moderno se alzaba como “manifestación del sentido idealista de la vida”, constatación de la urgencia de “las cuestiones de orden espiritual” para la necesaria e impostergable reorganización de nuestras sociedades americanas. Como se ve, se trató de la reapropiación, por parte del dominicano, de la vieja antinomia propuesta por Rodó entre materialismo e idealismo, entre Calibán y Ariel, puesta, en este caso, al servicio de un concepto de intelectual que, si el joven escritor comenzó a esbozar en las páginas de *Cuba Literaria*, a partir de su participación en la Sociedad de Conferencias, primero de México y más tarde de La Habana, acabó por convertirse en el modelo en función del cual él mismo se definió.

La Sociedad de Conferencias de La Habana gozó de una vida más “larga” que su homóloga mexicana. Entre noviembre de 1910 y hasta mayo de 1915, logró realizar seis series de conferencias y dos ciclos “especiales” en torno a los temas más diversos: literatura, biología, etnología, arquitectura, poesía extranjera contemporánea e historia política e intelectual de Cuba. Tal fue el éxito de esta asociación cultural que, en septiembre de 1914, Max Henríquez Ureña se animó a participar en la fundación del Ateneo de Santiago de Cuba, institución que logró sobrevivir hasta 1919. Con ambas asociaciones, el dominicano contribuyó notablemente a consolidar la conferencia en Cuba como una práctica de publicidad y legitimidad del intelectual de principios de siglo “que ahora relega[ba] el refugio interior del modernismo e ingresa[ba] a la arena pública con una misión redentora a través del aula y el podio” (Pineda, 2006: 122).

Empero, más allá del impacto que tuvo en el florecimiento de la vida cultural cubana, lo cierto fue que la Sociedad de Conferencias representó en la trayectoria de Max Henríquez Ureña un primer avance hacia su consagración como figura intelectual dentro y fuera de la isla. Con esta experiencia de sociabilidad, el escritor dominicano cerró un primer ciclo en su historia personal, en el que, si por un lado tejó las redes intelectuales

isleñas con base en las cuales construiría su reputación como escritor en América Latina, por otro, acabó por autodefinirse bajo un concepto de intelectual que, abrevando del idealismo rodoniano, postuló una nueva función social para el escritor y, en general, para la literatura. Con base en esta autodefinición, Max Henríquez Ureña se lanzó hacia su profesionalización, señalando el paulatino tránsito del novel poeta al estudioso profesional de la literatura, cuyo trabajo filológico contribuiría a la consolidación de esta disciplina dentro de las aulas universitarias de Cuba.

II. EN LA RUTA HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN.

CUBA CONTEMPORÁNEA, 1913-1927

En el camino de Max Henríquez Ureña hacia su profesionalización como estudioso de la literatura, *Cuba Contemporánea* fue, sin duda, una de las huellas más significativas que dejó a su paso. Esta revista representó un segundo gran proyecto editorial en su trayectoria, en cuyas páginas quedó la evidencia tanto de su consagración de intelectual-experto como la ampliación hasta “lo ecuménico” de sus vínculos efectivos con los escritores de dentro y fuera de la Gran Antilla. A diferencia de su trabajo al frente de *Cuba Literaria*, en esta ocasión, más que fungir como un solitario director, Max Henríquez Ureña participó en calidad de uno de los fundadores y primeros colaboradores activos de *Cuba Contemporánea*. Y es que esta publicación fue, ante todo, un emprendimiento colectivo, cuya creación fue concebida por Carlos de Velasco y secundada por un cuerpo de redacción integrado por Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo, Ricardo Sarabasa, José Sixto de Sola y, por supuesto, Max Henríquez Ureña. La presencia de este último en el grupo de fundadores de *Cuba Contemporánea* no fue un hecho casual: resultó consecuencia directa del funcionamiento de la Sociedad de Conferencias de La Habana. Como el propio Henríquez Ureña lo recordaba:

Aparte de los periódicos diarios, las revistas también dedicaban lugar preferente a los comentarios informativos sobre nuestras conferencias. Un grupo de jóvenes de la “generación de las tres banderas” quiso llenar en 1913 un hueco que se advertía en la prensa cubana: crear una revista mensual de buen número de páginas, donde pudieran publicarse ensayos y trabajos más o menos extensos que reflejaran el movimiento intelectual de Cuba en todos los órdenes del pensamiento, recordando el ejemplo de la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana*, de 1877 a 1895. Así nació *Cuba Contemporánea*, a cuya fundación tuve la satisfacción de cooperar, acce-

diendo a la invitación que me hicieron Carlos de Velasco, Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo, Ricardo Sarabasa y José Sixto de Sola. En *Cuba Contemporánea*, que tuvo larga y provechosa vida, vieron la luz no pocas de las disertaciones pronunciadas en la Sociedad de Conferencias (Henríquez Ureña, 1954: 45-46).

El primer número de *Cuba Contemporánea* apareció en enero de 1913 con un programa aparentemente sencillo: dar cabida a “todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisito que el exigido por las reglas del buen decir”.¹⁵ Pese a esta modestia inicial, *Cuba Contemporánea* ofreció a sus lectores y exigió a sus colaboradores, desde el primer número y hasta su desaparición en 1927, “trabajos extensos”, “escritos con menos premura que la requerida por las imperiosas exigencias de los periódicos diarios y aun por las no menos apremiantes de los semanarios”. En función de esta exigencia, *Cuba Contemporánea* se consagró como una revista cultural que, dejando atrás los artículos de ocasión, dio prioridad a los estudios concienzudos y fundamentados sobre literatura, arte, filosofía, historia, política y otros asuntos del acontecer nacional y mundial. Mezcla de civismo y erudición, la revista se presentó como un denodado esfuerzo por superar ese malestar de la cultura que, como explica Rafael Rojas (2006: 51-56), se generalizó entre las élites cubanas de la primera república: esa sensación extendida de pertenecer a una “cultura ingrávida, sin tradición firme ni legado discernible”, un lamento recurrente por “la ausencia de pasado, de tradición, de cultura [...], de civilización”. Frente al malestar y el lamento por “una nación que nos falta”, *Cuba Contemporánea* se presentó como un espacio para el discernimiento, la indagación y la exposición diligentes en torno a una cultura nacional latente pero no reconocida.

No sorprende, en ese sentido, que en las páginas de *Cuba Contemporánea* hayan desfilado los estudiosos cubanos y latinoamericanos más sobresalientes del primer cuarto del siglo xx. De Cuba: Carlos de Velasco, Manuel Sanguily, Mario Guiral Moreno, Juan Miguel Dihigo Mestre, Ernesto Dihigo, Julio Villoldo, Juan Santos Fernández, Ricardo Sarabasa, Juan Alfredo Vila, Mariano Aramburo, Enrique José Varona, Luis Marino Pérez, Alfonso Hernández-Catá, Federico Torralbas, Luis L. Adam Galarreta, Carlos E. de la Cruz, Enrique Gay Calbó, José Chacón y Calvo, Fernando Ortiz, Domingo Figarola-Caneda, Regino

¹⁵ “Programa”, *Cuba Contemporánea*, I. 1 (enero de 1913): 5.

E. Boti, Diego Carbonell, Dulce María Borrero de Luján, Antonio González Lanuza, Ramiro Guerra, Bernardo G. Barros, Jorge Mañach, Luis Rodríguez Embil, José Antonio Ramos, Francisco G. del Valle, Juan C. Zamora, entre otros. Del resto de América Latina: Edwin Elmore, Carlos Deambrosis Martins, Rufino Blanco Fombona, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Francisco y Ventura García Calderón, Américo Lugo, Federico García Godoy, Manuel Ugarte, Francisco Contreras, Luis G. Urbina, Alejandro Andrade Coello, José Vasconcelos, José Ingenieros, Julio Mercado, Roberto F. Giusti y muchos otros.

En su calidad de redactor-fundador de *Cuba Contemporánea*, desde enero de 1913 hasta agosto de 1927, Max Henríquez Ureña hizo de esta publicación el escaparate ideal para dar a conocer estudios más amplios sobre literatura. Revisando los títulos y contenidos de los textos publicados en las páginas de la revista mensual habanera, es posible advertir el paulatino proceso de especialización literaria por el que atravesó en esos años. Para empezar, dejó a un lado la creación poética para concentrarse en la producción de ensayos de crítica política y, sobre todo, de una crítica literaria ejecutada bajo ese carácter erudito y moderno que, por aquellos años, comenzaron a infundirle escritores como su hermano Pedro y su amigo Alfonso Reyes: la crítica entendida como conjunción de análisis personal y erudición, un ejercicio reflexivo que debía servirse de la investigación “precisa”, “documental”, “exacta” sobre las obras y la historia literaria a fin de darles sostén, fortaleza y rigor a la reflexión y el comentario personales.¹⁶

En un primer momento, 1913-1918, en las páginas de *Cuba Contemporánea* Max Henríquez Ureña dio continuidad a las inquietudes intelectuales expuestas en *Cuba Literaria* y ante la Sociedad de Conferencias de La Habana y el Ateneo de Santiago de Cuba. De este periodo datan sus ensayos sobre “José Martí”, “Martí en Santo Domingo”, “José Enrique Rodó (conferencia pronunciada en el Ateneo de Santiago de Cuba, Teatro Martí, Santiago de Cuba, el 9 de junio de 1918)”, y la “Contestación al discurso de recepción del señor Carlos de Velasco en la Academia Nacional de Artes y Letras”. Entre 1919-1922 vivió un segundo periodo al interior de *Cuba Contemporánea*. En estos años, inmerso en la lucha cívica, pacífica y discursiva contra la intervención militar de Estados Unidos en República Dominicana (1916-1924), dio origen a textos con

¹⁶ Sobre esta noción de crítica literaria esbozada por Pedro Henríquez Ureña también desde La Habana, véase Pedro Henríquez Ureña, “Los valores literarios”, *El Fígaro*, xxx. 31 (2 de agosto de 1914): 365-366.

claros tintes políticos, como aquel titulado “Al Congreso y al pueblo de los Estados Unidos” y “Optimismo, idealismo, patriotismo”. Esta segunda etapa resultó, empero, bastante efímera, ya que para 1922 y hasta 1927, Max Henríquez Ureña atravesó por un último periodo durante el cual hizo públicos algunos de sus ensayos más importantes de crítica literaria: “La épica popular en España”, “Schiller: su obra, su influencia en la literatura alemana”, “Heredia” y “El intercambio de influencia literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años (1875-1925)”.

Estos textos evidenciaron el proceso de especialización literaria encarnado por Max Henríquez Ureña o, de modo más preciso, su consagración como “profesional dedicado a la configuración de un saber sobre la literatura” (Ugalde y Ette, 2016: 8). Habría que apuntar, sin embargo, que si bien en las páginas de *Cuba Contemporánea* dicho proceso se hizo público, fue en las aulas de la Universidad de La Habana donde se incubó y, al final, recibió la sanción oficial. En efecto, en 1909 Max Henríquez Ureña se matriculó por primera vez en esta casa de altos estudios para cursar la “obligada” carrera de Derecho, de la cual se graduó en 1912; hacia julio de 1916 ya había obtenido el grado de Doctor en Filosofía y Letras (Henríquez Ureña, 2008a: 31-37). Sin nunca dejar de ejercer la abogacía como fuente principal de ingresos, a partir de la obtención del grado de Doctor en Letras, Max Henríquez Ureña se dedicó de lleno a los estudios humanísticos, lo que, a su vez, lo inspiró a pugnar por la incorporación de la enseñanza de la literatura dentro de los programas escolares y universitarios de la isla. A partir de este momento, la crítica literaria dejó de ser en él un trabajo de ocasión para transmutarse en un ejercicio profesional. Se trató, sin duda, de un cambio cualitativo en su trayectoria que necesariamente estuvo atravesado por un proceso de mayor envergadura: la institucionalización de las humanidades, en particular de la literatura, dentro de las aulas universitarias.

Precisamente en los mismos años en que Max Henríquez Ureña se propuso profesionalizar su quehacer intelectual dentro de la Universidad de La Habana, en diversos países de América Latina se impulsó la reorientación de la enseñanza superior, con miras a dar cabida a las humanidades —filosofía, literatura, historia— como nuevas disciplinas. Como muestra Julio Ramos, en pleno despuntar del siglo xx, a la desautorización del discurso modernizador decimonónico y del positivismo se agregó la postulación de la autoridad “compensatoria” y “terapéutica” de la cultura, lo que llevó a instaurar a las humanidades como nuevas disciplinas universitarias, capaces de “cumplir una función superior, vigilante de las otras disciplinas [...] ser lugar de síntesis”. Este proceso de

“institucionalización de la cultura en la universidad” se puso en marcha en países como Argentina y México entre los años 1910-1914, cuando se registró la aparición de los primeros espacios académicos dedicados al cultivo sistemático y riguroso de las humanidades y de la literatura en particular —la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, bajo la orientación de Ricardo Rojas, y la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México— (Ramos, 1989: 216-228).

Lo relevante para nosotros es que fueron personajes como el propio Max Henríquez Ureña, su hermano Pedro, o sus amigos Alfonso Reyes y Antonio Caso, los que, en muchas ocasiones, impulsaron y protagonizaron estos procesos. Ellos fueron los primeros intelectuales latinoamericanos que pusieron sobre la mesa del debate público temas como la modernización y ampliación de las universidades, la introducción de las disciplinas humanísticas dentro de la academia, y la importancia de la enseñanza de la literatura y su historia para los niveles de educación básica, preparatoria y superior. La producción ensayística de Pedro Henríquez Ureña de los años de 1912-1914 ilustra y sintetiza magistralmente estas discusiones. Si en un texto como *La enseñanza de la literatura* (1912) propuso “un plan teórico-práctico tendiente a lograr una reforma radical de la disciplina” dentro de la Escuela Nacional Preparatoria de México (De León, 2011: 127), en su tesis de licenciatura de 1914 sobre *La universidad* se preocupó “de manera adelantada no sólo por el estatuto jurídico de la universidad sino también por su sentido y su función en la sociedad contemporánea, a la vez que asign[ó] a cuestiones como la autonomía y la extensión académica un lugar privilegiado” (Weinberg, 2019: 71), para concluir con el discurso sobre “La cultura de las humanidades” (1914), en el que manifestó su beneplácito por la creación de un espacio institucional para “la nueva disciplina universitaria que emerge de la matriz de la autoridad estética y cultural” (Ramos, 1989: 225).

Tanto en el caso de Pedro Henríquez Ureña como en el de Max, sus procesos de profesionalización resultaron inseparables de estos esfuerzos en pro de la construcción de un sustento institucional para las humanidades. De hecho, podríamos afirmar que se trató de procesos tan entremezclados que a la postre terminaron por (con)fundirse uno en el otro. Basta echar un vistazo a algunas de las acciones que llevaron a cabo cada uno de los hermanos durante el agitado decenio de 1910-1920, para darse cuenta de ello. En 1910-1914, al tiempo que Max Henríquez Ureña cursaba la carrera de Derecho en la Universidad de La Habana, Pedro se enfrascó en la misma empresa pero en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de México. En 1912, siendo un estudiante de Derecho,

Pedro comenzó a impartir sus primeras clases de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, lo que inspiró su propuesta de reformular el programa de estudio de dicha asignatura, bajo el enfoque de la literatura preceptiva y la estética. Hacia 1913 recibió la invitación, por parte de Ezequiel A. Chávez, tercer director de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, para integrarse al grupo de docentes que, sin remuneración alguna, debía rescatar a la joven institución de sus principales problemas —la falta de recursos económicos y de infraestructura física, la inmadurez de la institución, la heterogeneidad y escasa asistencia de los alumnos, la inadecuación de los programas de estudio—. Junto a Alfonso Reyes y al propio Ezequiel Chávez, Pedro Henríquez Ureña diseñó el plan para la creación de una Subsección de Estudios Literarios, “destinada a la formación de profesores de lengua nacional y literatura, para las escuelas secundarias, preparatorias y profesionales de la República”. Precisamente, para inaugurar las clases del año de 1914 de dicha subsección, el intelectual dominicano pronunció su famoso discurso “La cultura de las humanidades”, sintetizando los esfuerzos emprendidos por los ateneístas mexicanos en favor de la reorientación filosófica, filológica y literaria de la institución recién creada. Ese mismo año decidió marcharse hacia Estados Unidos, donde permaneció hasta 1921, tiempo suficiente para concluir sus estudios de doctorado y desempeñarse como *professorial lecturer* de la Universidad de Minnesota. A su regreso a México, en tiempos obregonistas/vasconcelistas, y ya con una experiencia a cuestas en el campo de la investigación y la docencia en lengua y literatura, presidió la creación de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México, encargada de organizar cursos para extranjeros y promover los intercambios de la universidad con sus homólogas de otras partes del mundo.

En Cuba, por su parte, Max Henríquez Ureña, después de recibir el grado de Doctor en Letras, regresó a Santiago de Cuba para fundar y dirigir, entre 1915-1916, la Academia “Domingo Delmonte”, un centro de estudios superiores de “lenguaje y literatura” (Henríquez Ureña, s/f: 19), cuya dinámica fue concebida bajo la lógica de la impartición de conferencias semanales dictadas por el propio director. Para justificar la creación de una institución de tal naturaleza, Max Henríquez Ureña redactó un texto con un título muy parecido al que empleó su hermano en 1912: *La enseñanza de la literatura cubana*, en el que hizo énfasis en la importancia de “la sistematización oficial del estudio de la historia literaria”, bajo el argumento de que se trataba de uno de los medios más eficaces para el afianzamiento y la consolidación de la conciencia

nacional. “La literatura recoge y conserva, muchas veces mejor que la historia política, las tendencias del alma colectiva y los rasgos característicos del espíritu nacional; por eso sirve para explicarlos y analizarlos” (Henríquez Ureña, 2008b: 4). En octubre de 1917, por decreto presidencial, Max Henríquez Ureña fue nombrado profesor de la Escuela Normal de Oriente, inaugurada apenas un año antes, para impartir las asignaturas de Gramática y Literatura y desempeñarse como su director en dos ocasiones (1918-1920 y 1926-1928) (Fernández, 1989: 18-21). Como detalla Zenaida Gutiérrez-Vega (1982: 300), en esta Normal, Max Henríquez Ureña logró fundar y organizar la biblioteca, confeccionar un *Programa de Gramática Castellana* y publicar una *Antología cubana de las escuelas*. Con el respaldo de este trabajo docente, en el mes de julio de 1923 se animó a participar en los concursos de oposición convocados por la Universidad de La Habana “para proveer en la Facultad de Letras y Ciencias la Cátedra de Historia de la Literatura Española y de las Literaturas Modernas Extranjeras”. Precisamente como exámenes de dicho concurso presentó su estudio sobre “La épica popular en España” y disertó sobre “Schiller: su obra, su influencia en la literatura alemana”. Aunque al final el escritor dominicano no ganó el puesto, lo cierto es que su participación en el concurso dejó en evidencia el enorme prestigio adquirido como estudioso profesional de la literatura.¹⁷

Una y otra vez, ambos hermanos, en sus incansables esfuerzos por formarse como profesionales de la literatura, acabaron por hacerse partícipes en la fundación de instituciones dedicadas al quehacer humanístico, las cuales, a la larga, funcionaron como condiciones de posibilidad para su desempeño profesional y como fuente y sostén del capital simbólico que les permitió legitimar sus constantes intervenciones dentro de los espacios públicos de sus respectivas naciones de acogida. Un aspecto que sin duda sobresale en esta historia de profesionalizaciones intelectuales y construcción de instituciones es la simultaneidad-coincidencia, tanto en tiempo y forma, con la que ambos hermanos procedieron. Esto que a simple vista puede parecer mera casualidad fue, en realidad, un hecho eminentemente *relacional*: una muestra más de ese extraordinario proceder en clave de red y en diálogo que permitió a ambos hermanos participar a distancia de los mismos procesos, convirtiéndose en modélicos transmisores culturales, por cuya mediación fue posible la circulación/expansión de eso que Susana Zanetti (1994: 17) denomina “fenómenos

¹⁷ “Notas editoriales. Las oposiciones a la Cátedra de Literatura en nuestra Universidad”, *Cuba Contemporánea*, xxxii. 128 (agosto de 1923): 385.

de coetaneidad en América Latina”: experiencias culturales simultáneas, bajo similares condiciones de producción, desarrollo y recepción, dentro de los más variados escenarios nacionales de la región, que hicieron posible la construcción/imaginación de ese nuevo invento del siglo xx llamado literatura latinoamericana.

Volviendo de nueva cuenta a *Cuba Contemporánea*, habría que agregar que, así como esta publicación dio mayor visibilidad a la paulatina profesionalización de la actividad intelectual de Max Henríquez Ureña, fue el medio para que se consagrara como un gran religador de la época. Al ritmo de su trabajo como redactor de la revista, Henríquez Ureña consolidó sus antiguas relaciones intelectuales con escritores cubanos y latinoamericanos, y fue capaz de crear nuevos vínculos. Prueba de esta capacidad religadora fue, en particular, la amistad intelectual que estrechó con el erudito cubano José María Chacón y Calvo al calor del funcionamiento de la Sociedad de Conferencias de La Habana. En ese momento, mientras Max fungía como codirector de la sociedad, José Chacón y Calvo era un joven escritor perteneciente a “un brillante grupo” que, siguiendo el ejemplo de la asociación habanera, fundó en 1912 una Sociedad Filomática, responsable de organizar un ciclo de conferencias dedicado a la literatura cubana. Como lo recordaba Max Henríquez Ureña,

en esa serie [...] tomaron parte José Chacón y Calvo, Salvador Salazar, Emilio Roig de Leuchsenring, Salvador Massip y Gustavo Sánchez Galarraga. Las disertaciones fueron excelentes y a oírlas acudió numeroso público. La Sociedad de Conferencias, que desde su fundación estuvo atenta a solicitar la cooperación de la nueva promoción de intelectuales que entonces surgía, invitó al año siguiente a ocupar su tribuna a Chacón y Calvo y a Roig de Leuchsenring y, un año después, a Salazar (1954: 42).

A partir de ese momento, ambos escritores se convirtieron en amigos intelectuales, hasta el punto de que en 1914 Chacón y Calvo fue el encargado de sustituir a Max Henríquez Ureña en el puesto de director de la Sociedad de Conferencias. Pese a que en 1918 Chacón y Calvo abandonó la isla para desempeñarse como diplomático en Europa, logró mantenerse como uno de los “amigos cubanos” más cercanos tanto de Max como de Pedro Henríquez Ureña. Afinidades intelectuales hicieron posible esta cercanía a la distancia: al igual que los hermanos Henríquez Ureña, Chacón y Calvo fue un asiduo cultivador de los estudios de erudición, cuyo potencial creativo puso de manifiesto como creador, crítico literario, antologista, ensayista, historiador (Gutiérrez-Vega, 2006: 7).

III. UNA CONSAGRACIÓN ARCHIPIÉLICA, 1928-1930

Y llegamos al último emprendimiento editorial que llevó a cabo Max Henríquez Ureña en Cuba: la publicación de la revista *Archipiélago*. Si *Cuba Literaria* fue el proyecto que le permitió darse a conocer entre los escritores cubanos, desencadenando su fecunda trayectoria en la isla y el continente, *Archipiélago* representó el cierre de la misma y, en ese sentido, la plataforma que puso en evidencia el nivel de consagración alcanzado después de casi treinta años de trabajo continuo dentro del campo intelectual cubano y latinoamericano. *Archipiélago* fue una revista literaria que, nuevamente, bajo su sola dirección, Henríquez Ureña publicó desde la ciudad de Santiago de Cuba, entre mayo de 1928 y hasta diciembre de 1930. Como lo detalla Camila Henríquez Ureña, “su publicación era mensual y generalmente los números veían la luz del día último de cada mes. Cada número constaba de un mínimo de 24 páginas” (1969: 323). De nueva cuenta, funcionando como una red-revista, *Archipiélago* reunió en sus páginas la creatividad de autores hispanoamericanos y españoles, amigos y conocidos intelectuales de Max Henríquez Ureña.

De España, figuraron escritores como Américo Castro, Roberto Nóvoa Santos, José Pijoán, Joaquín Turina, María de Maeztu, Fernando de los Ríos. De América Latina, López Merino, Santiago Argüello, Víctor Andrés Belaúnde, Pedro y Camila Henríquez Ureña, Máximo Soto Hall, Santiago Argüello, Ismael Enrique Arciniegas, Francisco Donoso, Genaro Estrada, Max Grillo, Alberto Guillén, Alfonso Reyes, Francisco González Arrili, Roberto Brenes Mesén, Martín Luis Guzmán, Carlos Pereyra, Américo Lugo Romero, Miguel Luis Rocuant. De Cuba, toda la pléyade de escritores que desde hacía años eran amigos del dominicano, tales como Enrique José Varona, Carlos Loveira, Agustín Acosta, José María Chacón y Calvo, Elías Entralgo, José Antonio Ramos, Fernando Sánchez de Fuentes, Luis Felipe Rodríguez, Conrado Massaguer, Enrique Hernández Miyares, entre otros.

En *Archipiélago* se publicaron estudios y conferencias enfocados en temas de crítica literaria, historia, pedagogía, filosofía, ciencias, artes. De estos estudios destacan los de historia de la literatura cubana que el propio Max Henríquez Ureña redactó y dio a conocer bajo los títulos *Bosquejo de la literatura cubana* y *Tablas cronológicas de la literatura cubana*. Asimismo, la revista contó con secciones fijas, como aquella dedicada a dar cuenta de las noticias y correspondencias existentes entre América y Europa, o aquella otra llamada “Revista de revistas”, que informaba sobre los intercambios, canjes y relaciones de la publicación con sus ho-

mólogas latinoamericanas y españolas. Una sección que, efectivamente, como lo señala Camila Henríquez Ureña, revistió especial interés, fue la titulada “Páginas antológicas”, conformada por extractos en verso y en prosa de la obra de diversos autores hispanoamericanos: López Merino, Alberto Guillén, Francisco Donoso, Ismael Enrique Arciniegas, Genaro Estrada, Max Grillo, Alfonso Reyes, Roberto Brenes Mesén, Miguel Luis Rocuant. De acuerdo con Camila Henríquez Ureña (1969), estas páginas fueron seleccionadas por sus propios autores y de haberse reunido en una sola obra habrían constituido perfectamente una antología mínima de la literatura hispanoamericana de aquel momento.

Además de funcionar como una red en sí misma, lo destacable de *Archipiélago* es que fue la punta del *iceberg* de una red intelectual más abarcadora y de dimensiones transatlánticas, a la que supo insertarse Max Henríquez Ureña durante sus últimos años de residencia en Cuba. *Archipiélago*, en realidad, fue el “Boletín de la Institución Hispano Cubana de Cultura de Oriente”. Y ¿qué fue esta institución? Pues, sin más, la filial santiaguera de la Institución Hispanocubana de Cultura (IHCC), una de las principales instituciones culturales del Caribe hispano fundadas por el reconocido antropólogo Fernando Ortiz. Como explican Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Puig-Samper, la Institución Hispanocubana de Cultura fue un emprendimiento impulsado por Ortiz, en 1926, en La Habana, con el objetivo inicial de “procurar el incremento de las relaciones intelectuales entre España y Cuba por medio del intercambio de sus hombres de ciencia, artistas y estudiantes, creación y sostenimiento de cátedras, y realización de propagandas, con el fin exclusivo de intensificar y difundir la cultura que nos es propia”.¹⁸ En la trayectoria de Ortiz, la Institución Hispanocubana de Cultura fue la contraparte de otro de sus primeros proyectos, la Sociedad de Folklore Cubano, fundada también en La Habana junto a Enrique José Varona y José Chacón y Calvo. Mientras esta última fue creada por Ortiz con la intención de estudiar “las contribuciones culturales del negro africano” a la construcción de la identidad nacional cubana, la Institución Hispanocubana de Cultura apuntó a hurgar en “la raigambre hispana” como otro de los factores constitutivos de dicha identidad.

La Institución Hispanocubana de Cultura funcionó, de acuerdo con Naranjo y Puig-Samper, como una institución independiente, sin signo político, que llegó a contar con tres órganos de difusión: *Mensajes de*

¹⁸ “El Año Primero, Memoria de 1926-1927”, *Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura*, I (30 de abril de 1928): 19.

la Institución Hispanocubana de Cultura, Surco y Ultra. En sus filas militaron activamente verdaderas personalidades del campo intelectual cubano, originalmente reunidos en la Sociedad Económica “Amigos del País” de La Habana: José María Chacón y Calvo, Ramiro Guerra, Jorge Mañach, Juan Marinello, Carlos Loveira, Herminio Portell-Vilá, Israel Castellanos, Ramón Grau San Martín, José C. Millás, Lydía Cabrera, entre otros. El programa científico de la Institución Hispanocubana de Cultura contemplaba tres ciclos anuales, en los que se invitaban a destacadas figuras del mundo intelectual y científico español. A cambio de una remuneración económica, los profesores visitantes debían impartir “unas 10 conferencias de temas libres y de contenido cultural y científico estrictamente, en la Universidad de La Habana... y entre los asociados de la Institución”. Bajo esta dinámica, llegaron a Cuba intelectuales y científicos españoles de la talla de Blas Cabrera, Fernando de los Ríos, María de Maeztu, Luis de Zulueta, Gregorio Marañón, Luis Araquistáin, Luis Sayé, José Casares Gil, Américo Castro, Francisco Bernis, Roberto Nóvoa Santos, Joaquín Turina, José Pijoán, Rafael Domenech, Concha Espina, Francisco Durán Raynals, Camilo Barcia Trelles, Federico García Lorca, Beatriz Galindo, Bartolomé Soler, Manuel Aznar, Eugenio Noel Muñoz, Antonio Fabra Ribas, Pedro de Répide, Gustavo Pittaluga, Adolfo Salazar, Claudio Sánchez Albornoz, y otros (Naranjo y Puig-Samper, 2000: 477-503).

La Institución Hispanocubana de Cultura contó con delegaciones en diversas partes de la isla: Santiago de Cuba, Cienfuegos, Matanzas, Sagua La Grande, Manzanillo, Camagüey y Caibarién. Precisamente Max Henríquez Ureña fue el primero que se integró a la IHCC de Fernando Ortiz, al solicitarle a éste su aprobación para fundar la filial de Santiago de Cuba, la primera en la lista. En una carta a Fernando Ortiz, del 10 de diciembre de 1926, así lo relataba:

En una conferencia sobre “España en el siglo xx” que pronuncié el 8 de abril de 1923 en el Centro de la Colonia Española de Santiago de Cuba, con ocasión de la visita que hizo a esta ciudad el señor Ministro de España, expuse la necesidad de constituir en Cuba organizaciones culturales cuyo objeto principal fuera hacer venir de España las más altas figuras intelectuales, como se hace en Argentina y otros países, y establecer un intercambio de hombres y de ideas con la nación progenitora. Mi conferencia se publicó en el “Diario de la Marina”.

Me ha causado inmenso júbilo la noticia, de que por iniciativa de usted se ha creado en la Habana [*sic*] la “Institución Hispanocubana de Cultura”,

que tiende precisamente al propio objeto que yo proclamaba como una necesidad. ¿Quién como Usted para lanzar esta iniciativa y lograr que tenga realización útil y fecunda? Confío en que el éxito le ha de sonreír, como en toda obra que usted acomete.

Ignoro las bases de constitución de la Asociación referida y el modo de adherirse a ella. Además, tengo especial interés en rogarle me ilustre respecto a la extensión de esa idea en relación con las provincias y especialmente con Oriente. Si este aspecto de la cuestión no está ya resuelto, conviene ya estudiarlo para llevarlo a la práctica.¹⁹

Por iniciativa de Max Henríquez Ureña, la Institución Hispanocubana de Cultura de Oriente se fundó el 6 de noviembre de 1927, cumpliendo con lo estipulado por la institución central de La Habana: que cada una de las filiales en provincia no mantuviera una conexión legal ni económica con la Institución Hispanocubana de Cultura de La Habana, de modo que pudiera gozar “de vida independiente”, “autónoma”, funcionando de acuerdo a “las condiciones peculiares de la población en que estaba establecida” y de acuerdo con “sus propios recursos y entusiasmos”, aunque sí aprovechando las ventajas del intercambio cultural organizado por la filial habanera.

Desde el principio hasta su disolución en 1930, Max Henríquez Ureña fungió como presidente de esta nueva institución santiaguera, logrando atraer hacia su seno a más de quinientos socios. Bajo su conducción, pero en estrecha colaboración con Fernando Ortiz, Juan Marinello y José Chacón y Calvo, la Institución Hispanocubana de Oriente recibió en Santiago de Cuba a los españoles Luis de Zuleta, Américo Castro, José Pijoán, Fernando de los Ríos, José María Sánchez Bermejo, Joaquín Turina, María de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala, Eugenio d’Ors, entre otros. De igual manera, logró llevar a intelectuales latinoamericanos de visita a la isla, como el nicaragüense Santiago Argüello, el puertorriqueño Benítez Flores, el embajador mexicano Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, el peruano Víctor Andrés Belaúnde y el guatemalteco Máximo Soto Hall. No se pudieron concretar las conferencias que Max Henríquez Ureña gestionó para presentar ante el público santiaguero a José Vasconcelos y Gabriela Mistral.

Como se advierte, la revista *Archipiélago* fue tan sólo el nodo más visible de un entramado de relaciones intelectuales que rebasó con creces el ámbito antillano. Su nombre fue, de alguna manera, el símbolo de ese

¹⁹ *Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura*, I (30 de abril de 1928): 55.

entramado que, en esta ocasión, constituía ya una red extensísima integrada por las mejores plumas de los campos intelectuales latinoamericanos e ibéricos. Como lo explica Camila Henríquez Ureña:

Se basaba el propósito de la Institución [se refiere a la filial de Oriente] en el concepto de que nuestros pueblos están vinculados en su base por una cultura que no obstante las variantes y las diversas modalidades que en la superficie existen, es la misma en sus puntos angulares. Precisamente de ese concepto surgió el nombre dado a la revista que, como órgano de publicidad de la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente, empezó a publicarse pocos meses después de su fundación: ARCHIPIÉLAGO. Este nombre fue sugerido no sólo por el hecho de ver esta revista la luz en Cuba, sino también por la semejanza de la agrupación histórica de los pueblos hispánicos con un archipiélago, en el que cada isla tiene sus límites aparentes determinados por el mar, pero por debajo del océano está firmemente ligada a las otras islas del grupo merced a las cadenas de montañas suboceánicas. Se daba así amplitud y acción vital a la idea que Martí había enunciado refiriéndose a las Antillas: “Hagamos por sobre el mar, a sangre y a cariño, lo que por debajo del mar hace la cordillera de fuego andino” (1969: 324).

Vocero de “una cultura que no obstante las variantes y las diversas modalidades que en la superficie existen, es la misma en sus puntos angulares”, *Archipiélago* fue también la excelente metáfora con la que Max Henríquez Ureña coronó su trayectoria intelectual en Cuba; una trayectoria que, efectivamente, demostró que “ninguna isla es una isla” como tampoco un exiliado es un aislado, sino todo lo contrario: puede llegar a ser el principio de un vínculo, el anclaje de una relacionalidad capaz de hacer posible un extraordinario intercambio de publicaciones, autores, espacios de sociabilidad, prácticas intelectuales, encaminadas a renovar los modos de ser y hacer de los escritores latinoamericanos durante la primera mitad del siglo xx.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

- Archipiélago* (Santiago de Cuba, Cuba) (1928-1930).
Cuba Contemporánea (La Habana, Cuba) (1913-1927).
Cuba Literaria (Santiago de Cuba, Cuba) (1905-1906).
El Fígaro (La Habana, Cuba) (1900-1927).

Mensajes de la Institución Hispanocubana de Cultura (La Habana, Cuba) (1928).

Revista Literaria (Santo Domingo, República Dominicana) (1901).

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA

BENÍTEZ ROJO, Antonio (1998), *La isla que se repite*. Barcelona: Editorial Casiopea.

CHINSKI, Malena y JELIN, Elizabeth (2014/2015), “La carta familiar: información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio”, *Políticas de la Memoria* (CeDInCI, Buenos Aires), 15: 47-52.

DE LEÓN REYES, Félix (2011), *La labor educativa de Pedro Henríquez Ureña en México (1906-1924)*. México: UPN.

DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2010), “Pedro Henríquez Ureña y las tradiciones intelectuales caribeñas”, en ALTAMIRANO, Carlos, *Historia de los intelectuales en América Latina II*. Buenos Aires: Katz, 65-81.

ETTE, Ottmar (2004), “De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe”, en *Iberoamericana* (Instituto Ibero-Americano, Berlín), IV. 16: 129-143.

FAMILIA HENRÍQUEZ UREÑA (1996), *Epistolario I*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultura.

FERNÁNDEZ PEQUEÑO, José M. (1989), *Periplo santiaguero de Max Henríquez Ureña*. Santiago de Cuba: Ediciones Caserón.

GARCÍA MORALES, Alfonso (1993), “Un capítulo del ‘Arielismo’: Rodó en México”, en *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana*. México: UNAM, 95-105.

GINZBURG, Carlo (2003), *Ninguna isla es una isla: cuatro visiones de la literatura inglesa desde una perspectiva mundial*. María Jiménez Mier y Terán (trad.). Tabasco: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

GLISSANT, Édouard (2002), *El discurso antillano*. Aura Marina Boadas y Amelia Hernández (trads.). Caracas: Monte Ávila Editores.

GUTIÉRREZ-VEGA, Zenaida (1982), “Max Henríquez Ureña. Cartas de un maestro”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid), 380: 298-343.

_____ (2006), “Introducción”, en *José María Chacón y Calvo. Correspondencias cubanas*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 7-10.

- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila (1969), “Archipiélago”, Índice de las revistas cubanas II. *Avance y Archipiélago*. La Habana: Hemeroteca e Información de Humanidades Biblioteca Nacional José Martí.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max (1954), *La Sociedad de Conferencias de La Habana y su época. Conferencia pronunciada en el Ateneo de La Habana el 11 de noviembre de 1953*. La Habana: Oficina del Historiador de La Habana.
- _____ (1956), “Hermano y maestro (recuerdos de infancia y juventud)”, *Revista Iberoamericana* (Universidad de Pittsburgh), xxx. 41-42: 19-48.
- _____ (1988), *Mi padre. Perfil biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*. Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro.
- _____ (2000), *Memorias. Diario. Notas de viaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2008a), *Obras y apuntes. Documentos personales I*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura.
- _____ (2008b), *Obras y apuntes II. Educación I*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura.
- _____ (2013), *Obras completas 2-I*. MENA, Miguel D. (comp. y ed.). Santo Domingo: Editora Nacional.
- LAMMING, George (2007), *Los placeres del exilio*. María Teresa Ortega Sastrique (trad.). La Habana: Casa de las Américas.
- MARTÍNEZ, José Luis (ed.) (1986), *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NARANJO OROVIO, Consuelo (2003), “Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo xx”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México, México), LIII. 2: 511-540.
- _____ y PUIG-SAMPER, Manuel Ángel (2000), “Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano-cubanas, 1900-1940”, *Revista de Indias*, LX. 219: 477-503.
- PEREIRA, Armando *et al.* (2004), “Polémica: *Revista Azul* (segunda época)”, en *Enciclopedia de la literatura en México*. México: UNAM. Disponible en: <http://www.elem.mx/estgrp/datos/269>
- PINEDA FRANCO, Adela (2006), *Geopolíticas de la cultura finisecular*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- PITA, Alexandra (2014), “Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas y espacios de sociabilidad”, en EHRLICHER, Hanno y RIßLER-PIPKA, Nanette (eds.), *Almacenes de un tiempo en fuga*.

- Disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/alexandra-pita-gonzález-las-revistas-culturales-como-soportes-materiales-prácticas>
- RAMOS, Julio (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ROJAS, Rafael (2006), *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama.
- SAID, Edward (1996), *Representaciones del intelectual*. Isidro Arias (trad.). Barcelona: Paidós.
- UGALDE, Sergio y ETTE, Ottmar (eds.) (2016), *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- VEGA, Bernardo (2015), *Treinta intelectuales dominicanos le escriben a Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia-Archivo General de la Nación.
- WEINBERG, Liliana (2019), “Pedro Henríquez Ureña y las ideas de la Reforma Universitaria: tesis sobre la Universidad”, *Cuadernos Americanos* (UNAM, México), 167: 71-101.
- ZANETTI, Susana (1994), “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en PIZARRO, Ana (org.), *América Latina: palavra, literatura e cultura*. Vol. 2. Campinas; São Paulo: UNICAMP-Fundação Memorial da América Latina.
- ZERMEÑO, Guillermo (2003), “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”, en *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco, Bilbao), 27: 777-798.